



Alfonso Bulnes

## DON JUAN FRANCISCO GONZALEZ <sup>(1)</sup>

**P**OR los caminos que se tienden sobre el mundo, el hombre pasa sin mirar; cada día ha partido apresurado de un punto, y otro punto en la distancia le solicita; entre uno y otro, ha quedado el camino que trepa, que desciende, que se adormece en la dulzura del valle, que se arrastra entre las puertas del caserío, que deja sombrear sus surcos polvorientos por alamedas o por las copas de añosos nogales, mal sujetos tras de las tapias de los huertos; entre uno y otro punto que el hombre percibe, queda el largo camino, queda... el mundo.

Allí está y allí queda, tendido eternamente bajo el azul del cielo; objeto único y perenne dispuesto a la visión del hombre, allí está y allí queda, inédito para el hombre que pasa; los sentidos del hombre, la visión humana, van prisioneros del anhelo, a menudo deleznable, que le impulsó a partir y que en el punto de término hallará su satisfacción, tantas veces mezquina.

Drama del hombre, a quien la maravilla se le brinda y no percibe la maravilla; drama mudo también de una creación posible en eterna espera de la percepción

---

(1) Leído en la Sociedad de Amigos del Arte, Posada del Corregidor, el 2 de Mayo de 1933.

creadora. Allí está y allí queda la tela primorosa que la luz descolora o enciende, que incita con matices, murmullos y perfumes la atención avara del hombre que pasa; nada es por sí, si los sentidos del hombre no la crean.

Pero, no acusemos al hombre sin recordar su desmedrada condición en el mundo; rey sin vasallos, rey entre reyes, le dieron tendida ante sus ojos la tela primorosa; pero apenas se recreaba en la maravilla, el instinto de conservación atenaceó su cuerpo, y en aquel paño recamado hubo de buscar, con afanes y sudores, lo que sus apetitos reclaman para prolongar su permanencia en el mundo. He ahí, tras del desinterés real, el uso plebeyo, inherentes ambos a la condición humana. El resto, el abuso, lo hace la ambición, lo hace la rivalidad, lo hace la viciosa deformación que engendra toda costumbre.

Decimos el hombre con esa fácil generalización con que elaboramos tipos y conceptos; no hemos hablado con eso de todos los hombres, no hemos hablado quizá de ninguno; por abarcar la especie, se nos escapa cada individuo. La variedad humana, es inmensa y si los caminos van poblados de hombres que no ven el mundo, hallaremos en los recodos donde el otoño amarillea a algunos pocos que, extasiados, se quedaron desperdando las músicas virtuales del color.

La naturaleza da la frase, el hombre pone el ritmo; de ambos brota la sinfonía. Sin la conjunción humana, no estalla la música; con cada hombre, la sinfonía es diversa; La creación es una tan sólo para el hombre que mira; hay tantas creaciones cuantos somos los hombres que miramos, y tan efímero es el mundo como su reflejo en nuestra conciencia.

Quedemos ahora con el grupo escaso que parte cada día sin prisa y llega a otro punto porque allí le sorprendió la jornada, vagabundos de pupilas absortas ante el entrelazamiento de líneas sobre el mundo:

Yo quiero hablaros de ellos; quiero trazar con palabra emocionada la silueta recia de uno que hace poco traspasó el horizonte de nuestra visión y que ha de perdurar, en la corta historia de nuestra cultura artística, como la encarnación más auténtica y más fecunda del arte chileno.

---

La naturaleza da la frase. Tengo ante mi vista un cuadro de otro maestro de nuestro paisaje, de quien don Juan Francisco González, no obstante cuanto en rumbo artístico les separaba, se expresó siempre con respeto: es una tela de don Pedro Lira. La frase que él cogió es muy frecuente en nuestro suelo; es esa frase larga, robusta y tierna con que ondulan las montañas grises encerrando en el fondo un valle estrecho. No sé en qué punto escuchó Lira esa frase a la cual él puso su ritmo de serenidad, pero desde cualquiera cumbre, todos hemos visto muchas veces ese mismo paisaje. Nada de él refulge, nada contrasta; el cielo es de un azul pizarra, de pizarra los cerros y son de un verde pizarroso las manchas vegetales escasas que a ellos se prenden; el valle al fondo, el río en el último tajo del valle, no reverberan en el día de sol; del río al cielo, todo es acero y es matiz. No se puede en Chile trepar ninguna cuesta sin hallar arriba esa misma visión de amplitud que solicita un ritmo de serenidad.

Lira se lo dió; era esa la visión adecuada a su ritmo. Era él también un hombre a quien el mundo detenía en los caminos; su sensibilidad era disciplinada; compartía el gobierno con la fría razón ordenadora, y su visión del mundo era fina como la pincelada con que unía en giros plácidos las líneas desparramadas en el paisaje y fundía en matices los colores.

También Sommerscales vió así alguna vez las cor-

dilleras de la región central. También Jarpa, en un momento feliz, vió así acerados los palmares de Co-calán.

No hago enumeraciones, ni pretendo mucho menos fijar valores; para enfocar la silueta de don Juan Francisco González, quiero solamente ir allegando aspectos que, por comparación, la destaquen. Y si nombro a algunos, y si callo nombres de otros a quienes nuestro paisaje dijo sus frases, que supieron escucharlas y que les atribuyeron el ritmo de su sensibilidad, es sólo porque no hago enumeraciones, porque trato de hacer sentir el mundo cual lo veía don Juan Francisco y cual quedó en sus telas.

---

Era otra la frase de nuestra naturaleza que despertaba en don Juan Francisco los ritmos de su emoción; no miraba desde las cumbres, ni su temperamento apasionado, le permitía deleitarse en las grandes síntesis ordenadoras. Antes de alcanzar la cumbre, quedaba prendido a todos los recodos, a los ranchos humildes y terrosos, a las tapias desmoronadas, a los viejos troncos carcomidos, a las carretas chirriadoras, a los charcos en que se pudre lo que fué vida del verano.

El mundo era para él un hervidero; cuanto más luchasen los colores en el día de sol, tanto más era su mundo.

Alguien—recién muerto don Juan Francisco—pretendía hacer un recuento de las telas que él pintó. Se partía del hecho plenamente cierto de que, en sus épocas normales—y la normalidad para él era pintar y nada más que pintar—pintaba tres telas cada día. Sus días fueron incontables, los de un octogenario que manejó el pincel desde muy niño y murió con el pincel en la mano; se llegaba así a calcular en muchos

miles de telas la producción del maestro. Yo no sé el porcentaje de errores de tal recuento; sólo sé que, de la anorme producción que yo le he conocido, la gran mayoría de las telas reproducían ese mismo aspecto que ya he dicho, de nuestra tierra; los ranchos humildes, las viejas tapias, los huertos llenos de malezas con emanaciones de camposanto.

El resto: flores; rosas que no tuvieron jamás tan delicado intérprete; figuras campesinas, o cobrizas mujeres del arrabal; por excepción, un tipo de clase acomodada.

---

Era chilena, y nada más que chilena, la frase del paisaje que a don Juan Francisco seducía, y cuando un día el progreso haga perderse del todo y borre de nuestra tierra hasta el último rincón de los huertos no cultivados, de las viviendas no reparadas, de los caminos nunca reconstruídos, y hasta los moradores andrajosos junto a las trancas, las telas que hoy son maravilla de creación artística serán también documentos de nuestras pasadas formas de vivir.

Como artista fuerte y sensual, se embriagaba en la sensación, y su más constante embriaguez era la del color. Pero, supo también los frágiles ritmos del matiz, y hay una época de su vida, y hay también un grupo de sus telas, en que cada color se descompone en la más extensa e imprevista tonalidad; los blancos que cubrieron sus panoramas de Lima, de Arequipa, y de las ciudades españolas; los blancos de sus petunias, los rojos de sus rosas que, sin dejar de ser rojos, transparecían en el fondo de las corolas, hasta la lividez.

Fueron quizás períodos de serenidad, momentos de paz contemplativa de su temperamento batallador, Místico lo era siempre ante el paisaje, no obstante su ardiente sensualidad, porque el paisaje para él latía

con tan fuerte vibración que siempre, en su hondura, le hacía percibir un hálito divino.

---

Reinaba en Chile, cuando don Juan Francisco empezó a pintar, el arte formulista en que se pudrió el renacimiento clásico de David. Reinaban el mezquino realismo y lo académico. Nada de emociones, nada de individual. Los maestros extranjeros de nuestras Bellas Artes, Ciccarelli, Monvoisin, Kirchbach—hombres que sabían pintar y a quienes la norma férrea del clasicismo no había muerto su talento, entendían, como todos los maestros de su época, que debían negar a esas primeras generaciones de pintores, si es que de ellas salía un romántico, el derecho a ver el mundo compuesto o deformado. Se dibujaba previamente, para evitar los desbordes invasores del color, que se sobrepondría después; el color vendría una vez corregidas, retocadas y bien terminadas las líneas. Bien detallados, por cierto, el paisaje o la figura; bien agotado el detalle, y elegante, si se lograba—cuando más elegancia—, el ritmo del total. Ese era el canon, esa era la enseñanza, esa era la disciplina; no cabían románticos dentro de ellos, ni menos revolucionarios, segunda y más alta etapa del romanticismo. El romántico que entonces se produjo, el paisajista Smith, quedó a un lado, como un simple aficionado, y esa exclusión, que fué una pérdida para nuestra cultura naciente, fué también un daño para Smith, a cuyo temperamento blando hubiera convenido tanto la disciplina clásica.

Temperamentos fuertes e impacientes habían menospreciado o roto, desde mucho antes, en Francia de donde venía a Chile toda influencia, la insulsez de lo académico y la rigidez del clasicismo; se llamaron Delacroix, Ingres, Corot, la escuela impresionista des-



pués, Cézanne el último. Trababan ellos la eterna y alternativa lucha de la reacción contra el precepto y del precepto contra la anarquía, de lo romántico contra el clasicismo.

La playa chilena quedaba muy distante de esas mareas, y muy tardíamente brotaría la reacción. Dos hombres la encarnaron: Valenzuela Puelma, el Ingres de nuestra pintura; Juan Francisco González, el porta-estandarte de la revolución.



Acercáos a un cuadro de don Juan Francisco, de esos que mejor reflejan su temperamento constante, no los de Lima, Arequipa o las ciudades españolas, ni el del blanco prodigioso de las petunias. Miradlo bien de cerca, y sólo veréis una espesa costra de pintura, como una paleta cargada todavía de restos revueltos de colores.

Los objetos van destacándose, desprendiéndose unos de otros, a medida que os alejáis; nunca llega a encontrarse en sus cuadros, como se encontraba en la pintura realista y académica, el objeto entero con su contorno definido y sus detalles; don Juan Francisco no veía el objeto en sí, sino como una referencia a los demás objetos que entraban en su tela; era esa su misión, y era esa la técnica que inculcaba porfiadamente a sus discípulos. Más aun, no veía los objetos, sino, como por encima de ellos y despreciando sus deslindes, las grandes masas, que a veces coincidían con el objeto, que a veces lo desbordaban y que a veces eran sólo una zona del objeto.

Veía así el mundo, en grandes manchas coloreadas, y en los contrastes del color veía el equilibrio del paisaje. Nada, pues, al pintar, de líneas previas al carbón para encerrar los objetos: su individualización no venía de fuera hacia adentro; iba de adentro hacia

afuera, hasta donde lo permitiese el resto de los elementos contenidos en el paisaje.

Y entonces su temperamento sensual caía en gruesas y seguras pinceladas sobre la tela.

---

¿Cómo restituir, señores, al mundo de las formas las formas desaparecidas? No por creer que deba yo daros a conocer en este instante, la imagen física de don Juan Francisco, a quien todos, cual más cual menos, conocisteis; sino para saborear aquí, en esta intimidad conmovida que nos reúne, un momento de ilusoria compañía del hombre cuya ausencia no nos cansamos de lamentar.

Llegaría, hasta nosotros, si ahora viniese, con esa marcha elástica que le hacía parecer de vieja raza oriental, con ese gesto de vagabundo apasionado, pronto siempre a detenerse y pronto siempre a reanudar sin transición la jornada en grandes espacios, un instante interrumpida. Echaría atrás la cabeza con deliciosa altivez; veríamos oscilarle un momento la cuidada melena plateada. Sobre su tinte cobrizo, también de Oriente, como asoleado, en desiertos inmensos, centellearían bajo las gafas los ojos encendidos. Y aunque hace apenas dos meses que murió, nos parecería que llegaba de muy hondo y de muy lejos; era esa siempre la impresión que él producía.

La recia nariz le hacía de águila el perfil; era también de ave de presa el espacio que reclamaba para su vida, y nada recordaba mejor los giros de los grandes rapaces que la vehemencia con que su juicio caía sobre el concepto que le apasionaba.

Nos diría una frase con ese timbre metálico de su voz varonil, y quedaríamos sorprendidos ante lo inédito de una frase que, compuesta por otro, sería trivial; su vocabulario parecería revolcado, antes de



usarlo, en su paleta de pintor. No era la suya una lengua arbitraria ni rebuscada; era el viejo castellano que, por viejo y abandonado, sonaba en nuestros oídos como un léxico desconocido; el viejo castellano, lleno de resonancias y de plasticidad en un habla ávida de la expresión certera.

Se alejaría como había llegado, flotante la rosa negra de la corbata, flotante también la suelta indumentaria, elástica la marcha, y como agitada ya en el viento el ala ancha del sombrero.

---

Cuando pienso en don Juan Francisco, yo no puedo dejar de fundir su figura en la de uno cualquiera de esos grandes artistas y artífices que, en la Edad Media, fueron núcleos irradiantes de acción creadora. Rodeados de discípulos a quienes su verbo inflamaba, extraían de los gruesos maderos, de los bloques de piedras de las canteras, las imágenes con que poblaron castillos y catedrales, y que hoy son como la huella de un tropel de titanes sobre el mundo. Proporción guardada, naturalmente, en el ambiente, en los hombres, y en la obra. Tenía el entusiasmo de esos hombres, tenía la fe ciega en la verdad artística que le poseyó; tenía la virtud de maestría, que le agrupaba discípulos; tenía la ceguera fecunda de los que no quieren ver otra cosa que la obra que, casi sin quererlo, va saliendo de sus manos creadoras.

Por primera vez en la historia artística de nuestro pequeño Chile, surgió con él la figura de un Maestro; sus precursores en la pintura chilena hacían clases, enseñaban, corregían; don Juan Francisco vitalizaba. Luchó con un fuego que antes no se quemaba en las contiendas del arte; excluía, fulminaba. Y ese ritmo de lucha, propio de visionarios, hizo vibrar electrizado al grupo juvenil que antes de él se desperezaba

en las salas de la Escuela de Bellas Artes. Toda acción fecunda necesita el estímulo de una ceguera apasionada, y al negarse a las transacciones y al embestir contra el arte académico del siglo diez y nueve con el encono con que se embiste al adversario desleal, hizo sentir a los que le seguían—que fué toda la juventud—que el arte era un sacerdocio, una función altísima que no admitía claudicaciones y a la cual era poco entregarle las horas todas de una vida.

Vivió entre los jóvenes, porque era necesario ser joven para comprenderlo, y cuánto más para seguirle; él mismo llegó a los ochenta años en una perenne juventud. Y en torno de él y de su grupo, resonaron siempre los gritos de la batalla.

---

Porque era joven, vivió desinteresado de los bienes materiales; es ésta otra gran lección que deja a la juventud. Supo vivir con ellos y vivir opulento. Era un derrochador con las manos vacías. Poseía la tierra en toda la extensión sin linderos; poseía el sol derramado sobre la tierra; poseía el oro de los frutos y la tersura de los pétalos, y no necesitaba las otras posesiones mezquinas que a los hombres dividen. Poseía y distribuía los bienes verdaderos al hacer sentir a sus discípulos el estremecimiento de la belleza, que es la auténtica posesión.

Vivió opulento y murió distribuyendo riquezas. Sólo los bienes materiales no había podido derrochar en vida, y en sus últimas horas, con gesto espléndido, distribuyó a manos llenas, haciendo llamar uno a uno de la lista entera de amigos y conocidos, el dinero que el delirio de la agonía puso en sus manos para que murieran derrochando. Era un viejo príncipe que abandonaba la tierra entre tesoros sin límite, y como la

fuerte savia que había sustentado ochenta años su creación incesante de un mundo esplendoroso, no podía dejarle concebir la proximidad del fin de su mundo, creía él que partía con sus amigos enriquecidos a vivir la etapa triunfal de la distribución igualitaria, y era él el encargado del reparto justiciero.